

y desasosiegos, pues queremos poner remedio en ello, y que vivais en paz y que os trateis como hermanos y próximos, y hasta saber esto y hazer esta consideracion, estaremos aquí con vosotros como con señores y amigos, lo qual se irá haziendo poco á poco, sin ningun alboroto ni maltratamiento de los unos ni de los otros." Hizo el ilustre capitan por sus intérpretes que todos entendiessen muy bien esta plática tan cathólica, y assí habiéndola entendido todos dieron gracias á Dios, viendo que venia con tan buenos propósitos y sana intencion, y consolándose todos, se holgaron muchos de su venida.

Habria quedado el negocio de los españoles muy bien puesto este dia, si los soldados españoles refrenaran un poco la mucha cobdicia que traian de riquezas, la qual les impedia tanto que no les dejaba sosegar para tener una poca de paciencia en aguardar felicísimas coyunturas que se ofrescieron para entregarse de paz toda esta tierra. Porque acabada de hazer esta plática el buen capitan don Hernando Cortés, los soldados saquearon las casas reales, y las demas principales donde sentian que habia riquezas, por cuya causa tomaron vehemente sospecha de que el trato de los españoles era doble, y assí los indios de temor, comenzaron á ausentarse, y á faltar en acudir á lo necesario para los españoles, comenzaban á padecer hambre especialmente los caballos y perros de ayuda que traian consigo, que eran muchos, muy feroces y diestros en la guerra: llegó á tanto que fué necesario fuessen los indios amigos á buscar con algunos Mexicanos bastimentos. En este tiempo recelándose el Marqués no resultasse desto algun inconveniente prendió al gran Rey *Motecucuzuma*, poniéndole con grillos y á buen recaudo en las casas reales junto á su mismo aposento, y con él otros grandes y principales. En esta coyuntura tuvo por nueva el capitan don Hernando Cortés que habian llegado navíos al puerto de la Veracruz donde venia gran copia de soldados españoles, cuyo capitan era Pánfilo de Narvaez, el qual venia contra el valeroso don Hernando Cortés, con intencion de prenderle, y hazer él la conquista en nombre del gobernador de la isla española, y assí le fué forzoso dividir su gente, dejando parte della en la gran ciudad de México encomendada al gran capitan Alvarado, y él se partió con la demas á la Veracruz, y dióse tan buena maña que en desembarcando el capitan Narvaez, le prendió y envió preso á Santo Domingo, y toda la gente que venia con él se hizo al bando de don Hernando Cortés.

Y miéntras él acudia desto, pidió el capitan Alvarado á los principales de la ciudad de México, que hiziessen un muy solemne baile á su modo, porque deseaban verlos, diziendo al gran *Motecucuzuma* que se lo mandasse. Lo qual hizo el Rey, y ellos obedeciendo á su señor con desseo de dar contento á los españoles, salió toda la flor de la caballería á este baile, todos ricamente ataviados y tan lucidos que era contento verlos. Estando los pobres muy descuidados, desarmados y sin rezelo de guerra, movidos los españoles de no sé que antojo (ó como algunos dizen) por cobdicia de las riquezas de los atavíos, tomaron los soldados las puertas del patio donde bailaban los desdichados Mexicanos, y entrando otros al mismo patio, comenzaron á alancear y herir cruelmente aquella pobre gente, y lo primero que hizieron fué cortar las manos y las cabezas á los tañedores, y luego comenzaron á cortar sin ninguna piedad, en aque-

lla pobre gente cabezas, piernas y brazos, y á desbarrigar sin temor de Dios, unos hendidas las cabezas, otros cortados por medio, otros atravesados y barrenados por los costados; unos caian luego muertos, otros llevaban las tripas arrastrando huyendo hasta caer; los que acudian á las puertas para salir de allí, los mataban los que guardaban las puertas; algunos saltaron las paredes del patio, y otros se subieron al templo, y otros no hallando otro remedio echábanse entre los cuerpos muertos, y se fingian ya difuntos, y desta manera escaparon algunos; fué tan grande el derramamiento de sangre, que corria arroyos por el patio. Y no contentos con esto los españoles andaban á buscar los que se subieron al templo y los que se habian escondido entre los muertos, matando á quantos podian haber á las manos. Estaba el patio con tan gran lodo de intestinos y sangre que era cosa espantosa y de gran lástima ver assí tratar la flor de la nobleza Mexicana que allí falleció casi toda. Viendo tan gran crueldad, la demas gente popular comenzó á dar voces y gritos, diziendo *arma, arma*, y assí acudió á la demanda muchísima gente, que no quedó persona que estuviesse con ellos, unos con arcos y saetas, otros con dardos y figas de muchas maneras, otros con rodela y espadas al modo que ellos las usaban, que eran unos garrotes de hechura de espada con los filos de navaja de cuatro dedos de ancho, tan cortadoras que afirman todas las historias que hubo hombre que con una destas cercenó el cuello á un caballo: con este gran recaudo de armas, y mayor coraje y rabia, comenzaron á pelear con los españoles con tal furia que los hizieron retraer á las casas reales donde estaban aposentados. Tuviéronlos allí arrinconados de tal suerte, que fué menester todo su poder é industria para defender la fuerza y el muro que tenian. Algunos dijeron que entónces echaron los grillos á *Motecucuzuma*, pero lo mas cierto es lo que queda referido. Despues que tuvieron assí arrinconados á los españoles se ocuparon en hazer las obsequias á los difuntos con grandísima solemnidad, haziendo gran llanto con voces y alaridos, porque como queda ya dicho, murió allí la mejor gente de la tierra. Hechas las obsequias tornaron á dar sobre los españoles cercados tan furiosamente, que de temor hizieron que subiesse el Rey *Motecucuzuma* á una azotea de las casas reales, con un principal de los presos á dezirles que se sosegassen porque no podrian prevalecer contra los españoles, pues veian á su señor preso, con grillos, y subido arriba; iban con ellos dos soldados españoles con unas rodela, amparándolos con ellas de las piedras y flechas que eran infinitas: en viendo los Mexicanos al Rey *Motecucuzuma* en la azotea haziendo cierta señal, cesó el alarido de la gente poniendo todos en gran silencio de escuchar lo que queria dezir, entónces el principal que llevaba consigo, alzó la voz y dijo las palabras que quedan ya dichas, y apenas habia acabado, quando un animoso capitan llamado *Quauhtemoc* de edad de diez y ocho años que ya le querian elegir por Rey dijo en alta voz: "¿Qué es lo que dize ese bellaco de *Motecucuzuma*, muger de los españoles, que tal se puede llamar, pues con ánimo mugeril se entregó á ellos de puro miedo y asegurándonos nos ha puesto todos en este trabajo? No le queremos obedecer porque ya no es nuestro Rey, y como á vil hombre le hemos de dar el castigo y pago." En diziendo esto alzó el brazo y marcando házia él disparóle muchas flechas: lo mismo hizo todo el ejército. Dizen algunos que entónces dieron una pedra-

da á *Motecuczuma* en la frente, de que murió, pero no es cierto segun lo afirman todos los indios; su fin fué como adelante se dirá. Bajóse entónces el Rey *Motecuczuma* muy triste y desconsolado. Prosiguieron los Mexicanos con su guerra porfiadamente, tuvieron cercados ocho dias á los españoles, y en este tiempo hubo tanta vigilancia y guarda, que no les pudo entrar una sed de agua de bastimentos, y si alguno por mandado de *Motecuczuma* se atrevia á querer llevarle alguna cosa á escondidas, luego le mataban. Estaban ya los españoles á punto á perecer, y aunque ellos por de dentro disparaban la artillería, ballestas &c, con que hazian mucho daño en los indios, no por eso desmayaban, ni se espantaban.

En este tiempo intentaron los españoles de enviar mensajeros al gran capitán Don Hernando Cortés para que los viniese á socorrer, pero todos caian en manos de los Mexicanos y los mataban, y al fin quiso Dios que uno escapase y llegó á dar la nueva al valeroso don Hernando Cortés, el cual venia ya cerca y llegó á una coyuntura que los indios estaban descansando de la refriega pasada, que acostumbraban en las guerras descansar de quatro en quatro dias. Entró el esforzado capitán por la ciudad de México con la gente que traia, alegrándose en gran manera los compañeros que estaban oprimidos jugando la artillería de contento. Llegado que fueron á aquella pujanza, no por eso desmayaron los indios y así porfiaron con su intento, que pusieron en riesgo á los españoles, de tal manera que determinó el valeroso don Hernando Cortés salirse á media noche con toda su gente, estando mas descuidada la ciudad. Y llegando la hora para efectuar su intento, comenzaron á salir todos con gran secreto, llevando puentes levadizos de madera que habian hecho para pasar las acequias y fosos que les habian puesto. Los mas cobdizosos del ejército no queriendo dejar el oro y plata que habian robado, se ocuparon en hazer baules para llevarlo consigo, y al tiempo que comenzó á caminar don Hernando Cortés unos se quedaron algo atrás para llevar su oro y plata, y otros en el palacio real aliñándolo: en este tiempo habia ya pasado el gran capitán con los que iban mas aliviados de carga, la una acequia de las que mas temían y yendo á emparejar con la segunda que habia de pasar, fueron sentidos de una india que iba allí por agua, y de un indio que acaso á aquella hora subió á la azutea de su casa; estos comenzaron á dar voces y apellidar que se huian sus enemigos mortales. Entónces cobrando nuevo ánimo todo el ejército Mexicano, salió en seguimiento dellos con tanta furia y coraje, que comenzaron á hazer gran daño por todas partes á los españoles, y matanza en los pobres Tlaxcaltecas y los demás amigos de los españoles, los quales, con la turbación y temor los que habian ya pasado de aquel paso con el capitán don Hernando Cortés comenzaron á huir, y los miserables que quedaban cargados de oro y riquezas, cayeron en aquel hoyo, tanto que le hincheron, sirviendo de puente para que otros pasassen, y á los miserables que se habian

detenido en las casas reales por cobdicia de no dejar los despojos, los cogieron á unos en la plaza, y á otros dentro; dicen que murieron en la hoya *trescientos hombres* españoles sin los que cogieron en la ciudad y casas reales, los quales fueron cerca de *quarenta* que los sacrificaron delante de su ídolo, sacándoles el corazón, y yendo á buscar al gran Rey *Motecuczuma* dicen que le hallaron muerto á puñaladas, que le mataron los españoles á él y á los demás principales que tenian consigo la noche que se huyeron, y este fué el desastrado y afrentoso fin de aquel desdichado Rey, tan temido y adorado como si fuera Dios. Dizen que pidió el bautismo y se convirtió á la verdad del santo Evangelio, y aunque venia allí un clérigo sacerdote, entienden que se ocupó mas en buscar riquezas con los soldados, que no en catequizar al pobre Rey que tuvo tan desventurado fin á cabo de haber reinado quince años, donde feneció el gran imperio y señorío de los famosos Mexicanos.

No quisieron hazer obsequias ni ninguna honra á este miserable Rey, ántes el que trataba dello, le denostaban y afrentaban, y de lástima un mayordomo suyo, él solo, sin mas aparato le quemó, y tomando sus cenizas en una olluela la enterró en un lugar harto desechado. Y en esto vino á parar aquel de quien temblaba todo este mundo, y los españoles pagaron sus crueldades y desafueros como queda dicho, que certifican que por permission divina y justo juicio suyo murieron los mas malos, y los demas que quedaron eran los mejores y mas piadosos, los quales escaparon con grandísimo peligro hasta llegar á *Tlaxcala* donde fueron amparados, y desde allí, favoreciéndolos Dios nuestro señor con manifiestos milagros, vinieron á término de que se hizo toda la tierra de su bando contra los Mexicanos, permitiéndolo así la divina providencia para que entrase en esta tierra por este medio la luz de su santo Evangelio.

Porque en todo lo pasado se ha hecho larga mencion de los bailes con que celebraban los Reyes sus fiestas, donde ellos muchas vezes salian en persona. será bien dezir algo dellos para que mejor se entienda. Hazian el baile de ordinario en los patios de los templos y casas reales que eran los mas espaciosos; ponian en medio del patio dos instrumentos, uno de hechura de atambor y otro de forma de barril, hecho de una pieza y hueco por de dentro puesto sobre una figura de hombre ó de otro animal que le tenia á cuestras, y otras vezes sobre una columna. Estaban ambos de tal modo templados que hazian muy buena consonancia; hazian con ellos diversos sonos, para los quales habia muchos cantares, que todos á una iban cantando y bailando con tanto concierto que no discrepaba uno de otro, yendo todos á una así en voces como en el mover de los piés, con tanta destreza que ponía admiracion al que los veia. El modo y orden que tenian en hazer su baile, era ponerse en medio, donde estaban los instrumentos, un monton de gente que de ordinario

eran los señores ancianos, donde con mucha autoridad y casi á pié quedo bailaban y cantaban. Despues salian de dos en dos los caballeros mancebos bailando mas ligeramente, haziendo mudanzas con mas saltos que los ancianos, y haziendo una rueda ancha y espaciosa cogian en medio á los ancianos con los instrumentos. Sacaban en estos bailes las ropas mas preciosas que tenian, joyas y preseas de plumas ricas segun el estado de cada uno. Ponian tanto cuidado en hazer bien estos bailes que desde niños los imponian en ellos, teniendo lugar y tiempo señalado para enseñarlos, dándoles ayos que los reco-giesen por toda la ciudad, y maestros que los enseñassen. La pintura deste baile es la que se sigue. (*)

(*) Mitote que quiere decir baile ó danza. (Lám. 17.)

TRATADO

DE LOS

RITOS Y CEREMONIAS Y DIOSES QUE EN SU GENTILIDAD

USABAN LOS INDIOS DESTA NUEVA ESPAÑA.

CAPÍTULO I.

Del gran ídolo de los Mexicanos llamado "Huitzilopuchtli."

La fiesta mas celebrada y mas solemnizada desta tierra, y en particular de los Mexicanos y Tetzucucanos, fue la del ídolo llamado *Huitzilopuchtli*, cuyas ceremonias son muy diversas y tienen mucho que notar, porque mas simbolizan algunas de nuestra religion christiana, y otras á la ley vieja. Era tan temido y reverenciado este ídolo de toda esta nacion indiana, que á él solo llamaban todopoderoso y señor de lo criado; á éste eran los principales y grandes sacrificios, y por el consiguiente tenia el mas sumptuoso templo, de grande altura y mas hermoso y galan edificio, cuyo sitio y fortaleza se ve en las ruinas que dél han quedado en medio desta ciudad.

La figura deste gran ídolo *Huitzilopuchtli* era una estatua de madera entallada en semejanza de un hombre sentado en un escaño azul, fundado en unas andas, y de cada esquina salia un madero con una cabeza de sierpe al cabo. Era el escaño de color azul, con que denotaban que estaba en el cielo sentado. Tenia este ídolo toda la frente azul, y por encima de la nariz una venda azul que tomaba de una oreja á otra; tenia sobre la cabeza un rico plumaje de hechura de pico de pájaro; el pico en que estaba fijado el plumaje era de oro muy bruñido y las plumas de pavos (?) verdes muy hermosos y muchas en cantidad. Tenia una sábana verde con que estaba cubierto, y encima